

Ana Alonso

# El baño de Cleopatra

Ilustraciones  
de Kike Ibañez

ANAYA



PIZCA DE SAL

# El baño de Cleopatra



**PIZCA DE SAL**

1.ª edición: marzo 2016

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2016  
© De las ilustraciones: Kike Ibáñez, 2016  
© De las fotografías de cubierta:  
Thinkstock / Getty Images y 123 RF  
© De la fotografía de las fichas:  
Archivo Anaya (Cosano, P., Cruz, M., Martín, J.)  
© Grupo Anaya, S. A., 2016  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantlyjuvenil.com  
www.pizcadesal.es  
e-mail: anayainfantlyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:  
Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano  
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-698-0858-0  
Depósito legal: M. 560/2016  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Ana Alonso

# El baño de Cleopatra

Ilustraciones  
Kike Ibañez



ANAYA

## CAPÍTULO 1

Julio llamó con los nudillos al cristal de la puerta y esperó a que le abrieran conteniendo la respiración. Se ponía un poco nervioso siempre que iba a jugar con su amiga Silvia a El Antifaz Azul, la tienda de disfraces del abuelo de Silvia. Se le hacía un nudo en el estómago... y es que, para Julio, una tienda llena de trajes de todas las épocas, oficios y personajes era lo más parecido al paraíso que podía imaginarse.

El abuelo de Silvia, Pablo, les permitía jugar en los almacenes del sótano y probarse todos los disfraces. No le preocupaba que pudiesen mancharlos o romperlos. Decía que le gustaba confiar en ellos, que eso los volvería responsables. Y, la verdad, funcionaba: aunque en su casa Julio era bastante desastre y se dejaba la chaqueta tirada

en cualquier parte, en El Antifaz Azul siempre tenía mucho cuidado.

Julio oyó los pasos ligeros de Silvia al otro lado de la puerta. Un momento después, esta se abrió. Silvia se apartó para dejarlo pasar y lo miró con una sonrisa un poco sospechosa.

—¡Llegas tarde! Ya lo tengo todo preparado. Hoy toca la Edad Media. Ya tengo mi disfraz de caballero, es chulísimo. Uno nuevo que llegó hace poco... También ha llegado uno de princesa.

Julio frunció las cejas.

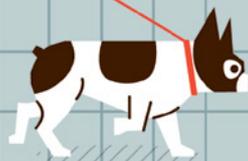
—No. Si estás pensando que me ponga yo el disfraz de princesa... ¡No pienso ponérmelo! Pón-telo tú, si quieres, tú eres la chica. Además, ¿por qué siempre eliges tú? Este mes ya hemos jugado a la Edad Media no sé cuántas veces. Y a mí siempre me toca ser el malo o el rey enfermo... ¡no es justo!

—Pues mis amigas se pelearían por ese vestido de princesa, te lo aseguro.

—¡Porque son chicas! Además, invítalas a ellas, si tanto quieres que haya una princesa en el juego. ¿Para qué me invitas a mí?

Silvia lo miró muy seria con sus grandes ojos grises.

El Antifaz  
Azul



—Te invito a ti porque me gusta más jugar contigo, Julio. Y si no quieres hacer de princesa, a mí me da igual. También hay un disfraz de bufón que está muy bien, por si te interesa.

—¿De bufón? Eso es más o menos un payaso de la Edad Media, ¿no?

—Bueno, un poco diferente —comenzó a explicar Silvia—. ¡Los bufones eran muy importantes en los castillos!

—No, gracias, no me interesa. ¿Y sabes qué? Estoy un poco harto de que siempre elijas tú a qué vamos a jugar. Algún día podrías dejarme elegir a mí.

—¡Pero es que la tienda es mía! —argumentó Silvia.

—No es tuya, Silvia, es mía —dijo una voz grave y ronca desde el fondo de la tienda—. Y Julio tiene razón; hoy deberías dejarle elegir a él.

—¡Tú no deberías meterte, abuelo! —Silvia echó a andar hacia las escaleras que bajaban hacia los almacenes sin mirar atrás—. Vale, tú ganas, elige lo que quieras. Aunque solo lo haces por llevarme la contraria, ¡estoy segura!

Julio siguió a Silvia escaleras abajo sin decir palabra. Se sentía un poco culpable por haberse salido con la suya; algo que casi nunca pasaba. Pero

ya que lo había conseguido, no iba a desaprovechar la oportunidad.

Los almacenes estaban llenos de trajes increíbles envueltos en papeles de seda o en plásticos transparentes, trajes que colgaban de largas barras dispuestas en filas. Julio sabía que las tallas infantiles se encontraban al fondo del segundo almacén, que era el más grande.

—¿Me ayudas a buscar? —le preguntó a Silvia.

—No —contestó ella, aún enfurruñada—.

¿Para qué, si no te gusta nada de lo que elijo? Coge lo que quieras y tráelo, no pienso discutir.

Para dejar bien claro que no iba a cambiar de idea, Silvia se sentó sobre una caja de madera, se cruzó de brazos y cerró los ojos. Julio sabía que cuando se ponía así no servía de nada intentar hacer las paces, así que dio media vuelta y se alejó entre dos hileras de trajes cubiertos de plásticos.

—Solo una cosa: ¡nada de disfraces de animales! —le gritó Silvia desde su cajón.

Julio sonrió sin volverse.

—¡De acuerdo! —contestó—. Ahora vuelvo.

Empezó a levantar los plásticos para ver los disfraces infantiles que colgaban a su izquierda. Reconoció uno de payaso que se había probado la pri-

mera vez que fue a la tienda. Debía de tener solo seis años... Se había divertido tanto, que cuando su padre llegó para recogerlo se escondió detrás de unos cajones, y tardaron bastante en encontrarlo. No se quería marchar.

Uno a uno, fue mirando todos los trajes de aquella hilera. Había un disfraz de sirena y otro de pez. Pero no le apetecía nada disfrazarse de pez. Y además, Silvia había dicho que nada de animales.

Luego estaban los típicos disfraces de *Halloween*: de vampiro, de esqueleto, de pirata zombi... ya los habían probado casi todos. Descubrió un disfraz de elfo y otro de enano. Esos dos podrían dar para un juego divertido... Los había visto otras veces, pero nunca había llegado a ponérselos.

Entonces se fijó en un armario al final del almacén que solía estar siempre cerrado. Normalmente, se miraba en sus espejos después de probarse alguno de los disfraces, para ver cómo le quedaba.

¡Qué raro que estuviera abierto! Y lleno de trajes, además... ¿Serían nuevos?

Julio se acercó a mirar. Eran disfraces de distintas épocas de la historia. Y, a diferencia de los otros que había en el almacén, no estaban protegidos con papeles ni plásticos.



Se empinó para descolgar una de las perchas del armario. Era un traje de vikingo. Precioso... Ya estaba pensando en ponérselo cuando le llamaron la atención otras dos perchas de las que colgaban unas pelucas negras y lisas. Devolvió el disfraz de vikingo al armario y sacó los de las pelucas.

Era lo que se había imaginado. ¡Disfraces de egipcios antiguos! Nunca los había visto antes en El Antifaz Azul.

A Julio le encantaban los antiguos egipcios. Las momias, los faraones, aquella forma de escribir tan rara, con dibujitos... ¿Cómo los llamaban? Ah, sí: jeroglíficos.

Devolvió el traje de vikingo al armario y extrajo los otros dos. ¡Cuánto pesaban! Más que los disfraces normales.

—¡He encontrado unos que te van a encantar! —le gritó a Silvia—. En serio.

—Ya. De superhéroes, seguro. Qué original —resopló la niña.

Pero cuando Julio se acercó con los dos trajes se levantó, extrañada.

—¡Es verdad, son chulísimos! —reconoció—. Qué raro, nunca los había visto. Serán del pedido nuevo que llegó esta mañana.

—¿Tú crees que a tu abuelo le importará que nos los pongamos?

—Ya sabes que no. Él heredó la tienda de su padre, y de pequeño soñaba con jugar aquí abajo, pero a él nunca le dejaban. Así que se prometió a sí mismo que, si alguna vez tenía hijos, les dejaría jugar con los disfraces todo lo que quisieran. Con mi padre no pudo cumplir su promesa, porque pasaba de disfraces. Él siempre ha sido más de fútbol y esas cosas.

—Y ahora la está cumpliendo contigo... Bueno, con nosotros.

—Sí. Así que tú tranquilo. Qué suerte, uno es de chico y otro de chica... ¡Y qué bonitas las túnicas, con estos bordados de oro! Venga, vamos a cambiarnos.

Julio se pasó la túnica blanca por el cuello, se ató el cinturón dorado por delante y cambió sus zapatillas deportivas por unas sandalias de cuero. Para terminar, se puso la peluca.

Fue entonces cuando los ojos se le llenaron de estrellas. Como si acabasen de darle un golpe.

Se tambaleó, a punto de perder el equilibrio. ¿Qué le estaba pasando? Qué mareo... Y los destellos en los ojos... ¿Por qué de repente no veía nada?

Sintió la mano de Silvia clavándose como una garra en su antebrazo.

—¡Julio! ¿Qué hemos hecho?

Notó una bofetada de viento cálido en las mejillas. Las estrellas que lo cegaban empezaron a disolverse. Detrás... había unas columnas, y el mar. Una torre gigantesca se recortaba más allá de las olas contra el cielo del atardecer.

Julio se fijó en las pinturas que decoraban las columnas. Hojas de plantas que no conocía. Una figura humana con cabeza de pájaro... y muchos, muchos jeroglíficos.

—No... no puede ser —tartamudeó, volviéndose a mirar a Silvia—. Esto no es...

—Sí. Sí es —contestó ella con voz temblorosa—. Estamos en el Antiguo Egipto.

